

El calificativo 'hecho a mano' seguramente encuentra una de sus mayores fidelidades en la actividad cesterá. En ella, son las manos las que directamente, sin apenas intervención de herramientas u otros útiles, actúan sobre el material para tejerlo, modelarlo, en definitiva construir cosas.

Una relación 'descarnada' en la que, como si de una danza se tratase, ritmo, técnica, manos, materia se relacionan de tal manera que, en alguien experimentado, se confunden. Tal vez sea esa la razón por la que, para muchos de los que se dedican a la cestería, el disfrute del oficio resida más en la ejecución que en lo ejecutado y que, una vez acabada una pieza, surja el impulso de repetir/realizar otra.

Qué pieza sea ésa, es algo que también caracteriza a este arte pues, bajo este nombre aparecen un sinfín de actividades que no son la propia construcción de cestos. ¿Dónde acaba la cestería y comienza la tejeduría, los techados vegetales, el calzado o la vestimenta? Moverse en un terreno tan indefinido comporta una libertad de movimientos que hace que tan cesterá se considere la fabricación de un rudo capacho de esparto, como la de una refinada gorra de paja, o que, en la actualidad, dejando a un lado los materiales o formas tradicionales, alguien realice objetos sin una función práctica o/y emplee las técnicas del oficio con materiales ajenos a las fibras vegetales.

Se traiciona algo cuando se le pone un precio -alto o bajo, da igual- a lo que no se puede pagar y, en esa contradicción, más o menos conscientemente, viven también los cesteros.

Caballar- Diciembre del 2020  
Carlos Fontales